

# LA NOVELA FILM

N.º 167

30 cts.



## N RUMBO EN LA VIDA

POR

HARRY CAREY (CAYENA)





# LA NOVELA FILM

Redacción } Vía Layetana, 12  
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

Año IV

N.º 167

## SIN RUMBO EN LA VIDA

Interesante película americana interpretada por el  
célebre caballista y excelente actor

**HARRY CAREY (CAYENA)**

Exclusiva de

**Príncipe-Films, S. Ltd.**

**SAN SEBASTIÁN**

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

**FILMS PIÑOT**

Calle Valencia, 228 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de

**DOUGLAS FAIRBANKS (HIJO)**



## Sin rumbo en la vida

Argumento de la película

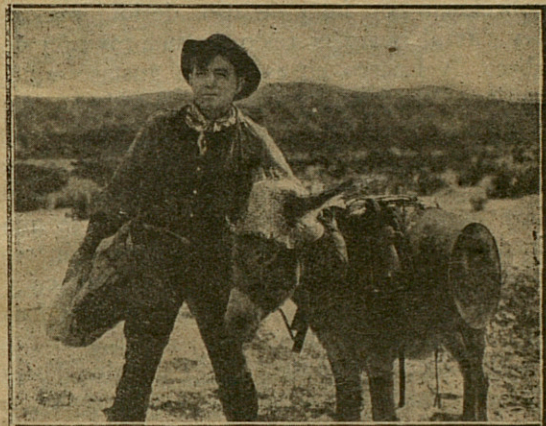
### I

A la hora del mediodía, perdido en la infinita extensión del desierto californiano, Cayena, acompañado solamente de su fiel jumento Lucero, caminaba a la ventura y sin prisas por llegar a ninguna parte.

En el escaso equipaje que llevaba a las espaldas, la prenda de mayor valor era un reloj despertador, porque aquel vagabundo impeni-

tente que nunca tuvo nada que hacer, era devoto fervoroso de la puntualidad.

Desde el día anterior por la mañana, ni Cayena ni Lucero habían recreado sus estómagos con nada que les sirviera de lastre ali-



*Cayena, acompañado solamente de su fiel jumento Lucero...*

menticio; el hombre, porque en aquellos interminables arenales que atravesaban no encontró carne, pescado ni vegetal que mereciese la pena; y el burro, por razones de muy parecida índole.



Cayena consultó su *extraplano*, como él llamaba al despertador y, dirigiéndose a su compañero, tuvo la atención de advertirle:

—Las doce, Lucero. La mejor hora para comer... si tuviésemos comida.

Y por temor de que los dientes se les enmoheciesen por falta de uso, decidió mascar él y dar al burro el resto de su provisión de tabaco. A Lucero no es que le gustase aquel **manjar**. Pero hay ocasiones en la vida en que es preciso apechugar con lo que caiga.

Aun se relamían por el exquisito bocado, cuando, como llovida del cielo, apareció ante ellos, entre unas secas ramas, una liebre que sin duda se hallaba allí intentando también resolver el arduo problema de la alimentación.

Cayena cogió una piedra y comunicó a Lucero su descubrimiento:

—Ya tenemos nuestro plato del día. ¡Liebre! Precisamente el doctor me recomienda alimentos ligeros.

Pero cuando ya iba a lanzar la piedra *liebricida*, se impusieron sus buenos sentimientos y se contentó con espantar al animalito a fin de que no siguiera provocando a los estómagos hambrientos.

Al atravesar la línea ferroviaria estuvieron a punto de ser alcanzados por un tren que en aquel punto se detenía para tomar agua. Cayena tuvo una inspiración que se apresuró a

poner en conocimiento del simpático "Lucero".

—Como no tenemos que ir a ninguna parte, tomaremos ese tren que no sabemos donde va ni nos hace falta.

Y en un descuido de los empleados, Cayena y Lucero tomaron plaza en un vagón de mercancías. El hombre se disculpó con el animal:

—No digo yo que no sean más cómodos los coches camas, pero tampoco cae todos los días esta breva de dormir sobre entarimado.

Aquello de dormir no era más que una ilusión de Cayena, porque no hacía ni diez minutos que el tren se había puesto en marcha, cuando la presencia de los intrusos fué notada. Tres empleados cayeron sobre el hombre y rucio y sin andarse con ninguna contemplación los arrojaron de nuevo al desierto. Gracias que el suelo era de arena; de lo contrario, al vagabundo no le queda ni un hueso sano.

Lucero fué menos afortunado. De las cuatro patas que suelen tener todos los burros, tres le quedaron totalmente inservibles y de las costillas sólo le quedó sana la falsa que por eso, por ser *falsa*, para nada le servía.

Cayena le prodigó los más tiernos cuidados sino como madre amantísima, al menos como un padre bastante cariñoso. Pero como cier-



tas lesiones no se curan con lágrimas ni caricias, el hombre se determinó a poner fin a los sufrimientos de su compañero con el único remedio que creía posible, enterrándole una bala en la cabeza. Pero ni aun este *alivio* pudo proporcionarle. Su revólver era solamente decorativo. Estaba descargado desde el día que lo compró.

Había que tomar una determinación y Cayena la adoptó inmediatamente:

—No te preocupes, mi querido Lucero — dijo al lesionado jumento—. Voy al cercano poblado y traeré un medicamento que ponga fin a tu agonía.

Por muy de prisa que anduvo, Cayena llegó ya de noche al límite del desierto donde, como pupilas fosforescentes, brillaban con diabólica atracción las luces de un *albergue*. Allí encontraría con certeza lo que buscaba, la bala que hiciese pasar a mejor vida al infortunado Lucero. Mas cuando iba ya a penetrar en el local, recordó que para la adquisición de balas y otras cosas más, hace falta dinero y él no lo tenía.

Era preciso tomar lo que nadie había de darle gratuitamente. A su lado discutían tres hombres, uno de los cuales ostentaba un cinturón tan repleto de balas como si fuese proveedor de un ejército combatiente. Un proyectil menos no había de producirle grave per-

juicio. Con habilidad, Cayena llevó a la práctica el inocente despojo.

En aquel momento uno de los del grupo, mostrando a los demás un puñado de dólares, les decía:

—Venid conmigo, muchachos. Veréis como me hago rico jugando estas monedas al número diez y siete.

En su entusiasmo, el jugador dejó caer unos dólares al suelo y Cayena se apresuró a colocar sobre la pieza uno de sus anchos zapatos. Al quedar solo, la recogió y bendijo al cielo por haberle proporcionado medios de satisfacer el hambre que se le iba agudizando de una manera alarmante. Y penetró en el *albergue*.



## II

El albergue era, como la mayoría de los establecidos en el país de los buscadores de oro, fonda, club, cabaret y garito a la vez. Su dueño, Daniel Dickey, se hubiera mostrado satisfecho de la excelente marcha del negocio, si Estrella, su mujer, no tratara de amargarle la vida entablando una amistad demasiado interna para no ser sospechosa con Jorge Walters, capataz del rancho U. B. cuyo propietario hacía tres días que había fallecido.

Aquella noche el diálogo que Estrella y Jorge mantenían en una mesa próxima, traía más inquieto que nunca al celoso Dickey. Ellos parecían no darle la menor importancia, bien por desprecio sistemático o bien por tener puesta toda su atención en el coloquio entablado.

—La heredera, que es sobrina del difunto — decía Walters—, llegará mañana a tomar posesión del rancho. Por cierto que ignora,

como lo ignoraba el tío, que hay oro en la finca.

Y, luego, en tono más confidencial:

—Siuviésemos la cantidad necesaria, tú podías comprar la finca. En seguida recogeríamos el oro y nos marcharíamos a Nueva York.

—Tal vez encuentre yo el medio de reunir ese dinero, Jorge — replicó Estrella que adoraba a Walters y sólo deseaba poder vivir libremente a su lado.

En aquel momento entró en el albergue Cayena. Su primer intento fué ir directamente al local destinado a comedor. Pero al leer el menú se encontró con la dolorosa nueva de que el cubierto valía dos dólares y él sólo de uno disponía. Estaba visto que tampoco en aquella ocasión podría dar a su estómago lo que a voces pedía.

Una solución se le presentó a los ojos. Allí cerca estaba la mesa de la ruleta en torno de la cual se apiñaba un gran número de jugadores y la que hacía girar el propio Dickey, sin que por eso dejase de vigilar a su mujer y a Walters.

Cayena decidió confiar el problema de la alimentación en manos de la fortuna y colocó su único dólar sobre el número veinticinco que eran, precisamente, los años que él contaba.

Pero Dickey estaba más atento a observar



la parejita sospechosa que al juego del que nunca tuvo que lamentar veleidades como las de su consorte. Abandonó la rueda y se marchó a recriminar a Estrella.

Cayena fué a recordarle su obligación, diciéndole:

—Dispénseme, señor. Pero toda mi fortuna, y mi estómago, por añadidura, están pendientes de que usted haga girar la bolita.

La suerte favoreció decididamente a Cayena. Al número veinticinco le dió por salir cuatro veces seguidas y como el jugador fué dejando la postura sin retirar ninguna cantidad, al terminar las cuatro boladas se encontró con una clase de billetes de cien dólares que metía miedo.

Junto a Cayena, espiando todos sus movimientos y observándole concienzudamente, se hallaba el sheriff Smithers, un hombre tan desconfiado que no confiaba en ningún semejante hasta ocho horas después de verlo muerto.

Cuando Cayena, satisfecho de las prodigalidades que el azar le había otorgado, se disponía a retirarse, el sheriff le preguntó, escamado:

—¿Qué piensa usted hacer con tanto dinero?

—Lo primero que voy a hacer es comprar un caballo... y después una pala para enterrar a un amigo.

—¿Cuándo murió?

—No ha muerto todavía... Tendré que matarlo de un tiro.

Aquellas palabras, para quienes no conocían su verdadero sentido, fueron una patente de criminal en ciernes expedida a favor de Cayena. Todos los que escucharon le miraron como hombre peligrosísimo dispuesto a cometer un delito inminente.

Sólo Dickey no se dió cuenta de ellas. Toda su atención estaba reconcentrada en el diálogo que Estrella y Jorge Walters habían reanudado con una intimidad que pasaba los límites de lo tolerable.

Abandonando nuevamente el juego, se dirigió hacia ellos en actitud tan poco tranquilizadora que Walters optó por una retirada estratégica hacia el piso alto del albergue.

Estrella reclamó la defensa de Cayena que en aquel momento se pavoneaba con el sombrero lleno de billetes. En el vagabundo no se había extinguido el sentimiento de la caballería, y la petición de una dama en peligro fué para él una orden.

Detrás de la mujer del dueño del albergue, subió a las habitaciones del piso superior hasta donde les siguió el iracundo Dickey, quien penetrando en la habitación donde ellos se habían refugiado, preguntó a su mujer:

—¿Dónde está ese canalla de Walters?



En su mano derecha brillaba la hoja de un fino puñal.

Cayena tranquilizó a Estrella, diciéndola:

—No se preocupe, señora... Yo sabré apaciguarlo.



*Estrella reclamó la defensa de Cayena.*

Pero a las primeras palabras que dirigió al iracundo marido, éste respondió con un directo que derribó al caballeroso defensor de damas.

Dickey se dirigió contra su mujer, amenazándola:

—Ahora vas a saber lo que yo hago con las mujeres livianas.

Cayena se interpuso de nuevo y entonces, Estrella, tomando del cinto de su generoso defensor el revólver cargado, disparó sobre su marido. La bala hizo blanco en el corazón y Dickey cayó muerto al suelo.

Al ruido del disparo acudieron cuantos en el local se encontraban.

Estrella había puesto en las manos de Cayena el revólver homicida y, señalando al que quiso ser su defensor, dijo a los que llegaban:

—¡Ese hombre ha matado a mi marido!

El sheriff y sus auxiliares se arrojaron sobre el presunto asesino. Pero él se defendió bravamente y logró escapar montando en uno de los caballos que en la puerta del albergue encontró. Los policías corrieron en su seguimiento.

Mientras tanto, Estrella se reunía a Jorge que, detrás de una ventana, había presenciado todo el desarrollo del drama.

—Te aseguré — le dijo — que buscaría un medio para hacer triunfar nuestros planes. Pero nunca sospeché esta tragedia.

Los policías seguían el rastro de Cayena con la seguridad de que caería en sus manos. El sheriff los animaba:

—Le cogeremos, muchachos. Nuestros caballos corren más que el suyo.



Afortunadamente para el perseguido, al cruzar la vía del ferrocarril, pasaba un tren y, abandonando su cabalgadura, montó en el convoy que, en la estación inmediata, también alcanzaron los policías.



—¡Ese hombre ha matado a mi marido!

Cayena buscó refugio en uno de los departamentos del coche cama. Una señorita rubia y joven quedó sorprendida por la inesperada presencia del intruso. Cayena procuró tranquilizarla:

—¡No se asuste usted, señorita! ; Yo no hice nunca mal a nadie!

Y, luego, explicando su proceder, añadió:

—Me persiguen por algo de que no soy culpable, se lo juro.

La policía llamaba en aquel momento a la puerta. Y la señorita que ocupaba el departamento, impulsada por no sabía qué irresistible simpatía, aseguró al sheriff, sin dejarlo entrar, que nadie se hallaba con ella.

Cuando los policías se alejaron, Cayena, no queriendo seguir comprometiendo a quien le había salvado, se dispuso a abandonar el tren. Precisamente cruzaba por la vía inmediata y el fugitivo trasbordó, no sin decir a la señorita acogedora:

—No es mucho una gratitud eterna para quien me ha salvado la vida. Pero tenga la certeza de que deseo se presente ocasión de pagarle lo que hoy ha hecho usted por mí.

Perseguido por los empleados del tren que había cazado al vuelo, Cayena se vió precisado a abandonarlo arrojándose a tierra. La suerte le deparó la fortuna de encontrarse con Lucero que, en vista de que nadie venía a curarlo ni a rematarlo, decidió curarse por sí solo, y se hallaba alegre y retozón como en los mejores días de su infancia.

Hombre y jumento emprendieron de nuevo su ruta sin rumbo por el desierto en tan



grata camaradería, que Cayena casi olvidó por completo que la policía le iba a los alcances.

La señorita del tren quedó intrigada por saber quién era el hombre que acababa de salvar. Cuando el empleado de servicio entró en su departamento, le preguntó:

—¿Por qué persigue la justicia a ese hombre?

El empleado le respondió:

—Según dicen, acaba de hacer viuda a una señora. Y había anunciado con todo descaro que tenía que matar y enterrar a un amigo.

### III

Creyéndose feliz y definitivamente libre, Cayena había reanudado su vivir errabundo.

Una tarde, cuando descansaba de su interminable caminar, llegaron hasta él unas voces angustiadas que demandaban auxilio. Era un hombre anciano que, al atravesar una charca, perdió pie y estaba a punto de ahogarse.

Cayena logró salvarlo y el viejo, agradecido, se ofreció a él para cuanto pudiera serle útil.

—Soy José Reynolds — le dijo —, un buscador de oro que hasta hoy no veo coronados por el éxito mis trabajos. Nunca crucé esa charca y no conocía las zanjas de su fondo.

Y, luego, añadió:

—Pocos años me debe ya la vida; pero hoy me hubiera saldado si usted no llega a tiempo. Le estoy muy agradecido.

Cayena restó importancia a su hazaña.

—¡Bah! No hay que hablar de eso. Y estaba usted de exploraciones, ¿verdad?

—Sí. He hecho un gran descubrimiento. Río arriba, al lado del rancho U. B. hay una



gran cantidad de oro. Creo que nadie más que yo sabe esto. Por lo menos, los propietarios de la finca no han tratado de extraer una sola pepita.

Reparando en que Cayena estaba chorreando agua, le propuso:

—Sería preferible que viniera usted a secarse en mi cabaña.

Y ambos se dirigieron al albergue del viejo.



La señorita del tren que había salvado al vagabundo, era la heredera y sobrina del difunto dueño del rancho U. B.

Walters le dispensó el respetuoso recibimiento que merecía y se apresuró a proponerle:

—Por respeto a la memoria de su tío, me esforcé en buscar un buen comprador para esta finca que siempre le costó más de lo que le produjo.

Ella rechazó la proposición.

—Aunque fuese nulo el rendimiento del rancho, me gustaría conservarlo por el cariño que mi buen tío le tenía.

No obstante, Walters insistió en la necesidad de la venta y la heredera acabó por acceder.

—Me ha convencido usted — le dijo—. Sé

la confianza que merecía usted a mi tío y me resolveré a vender si usted me asesora.

Walters estuvo a punto de delatarse por la alegría que tales palabras le produjeron.

—Tengo — replicó — una gran compradora. Traeré a esa señora mañana mismo; pero déjeme libertad para tratar porque yo puedo obtener mejor precio que usted.

Mientras tanto, el supuesto matador de Dickey permanecía en la cabaña de su reciente amigo, ajeno a toda inminencia de peligro.

No obstante el sheriff y sus auxiliares no habían desistido de darle caza. Exploraban todos los alrededores sin adivinar el refugio donde el fugitivo había encontrado albergue.

En ausencia del viejo Reynolds que siempre estaba ocupado en sus exploraciones auríficas, Cayena se ocupaba de las faenas domésticas, especialmente de las culinarias para las que demostraba grandes disposiciones a pesar de lo poco acostumbrado que estaba a comer.

Una mañana, Reynolds, de regreso a la cabaña, descubrió fijado en un árbol el siguiente anuncio:

#### RECOMPENSA

*Doscientos cincuenta dólares se pagarán por una información que conduzca a la captura del asesino de Daniel Dickey.*

*La última vez que fué visto llevaba vestidos muy deteriorados. Cabello rubio. Peso*



probable 170 libras. Talla aproximada 5 pies y 11 pulgadas.

*F. W. Grawes*

*Sheriff del distrito de Inyu*

Aquellas señas coincidían con las del hombre que tenía alojado en su casa, y Reynolds volvió a la cabaña convencido de que había albergado a un asesino.

Comenzó por tomar precauciones, para lo cual cogió una carabina que desde hacía dos años no utilizaba ni para matar pulgas, y se sentó frente a Cayena examinándolo detenidamente. Luego le alargó el papel que había llevado consigo preguntándole:

—¿Ese anuncio se refiere... a usted?

Cayena lo leyó y se lo devolvió diciendo:

—Figúrese que se viera usted perseguido por un crimen que no cometió. ¿Qué haría usted?

Las palabras del acusado tenían tal sentido de sinceridad que Reynolds se levantó y sacando de un armario unos vestidos nuevos se los ofreció, asegurando:

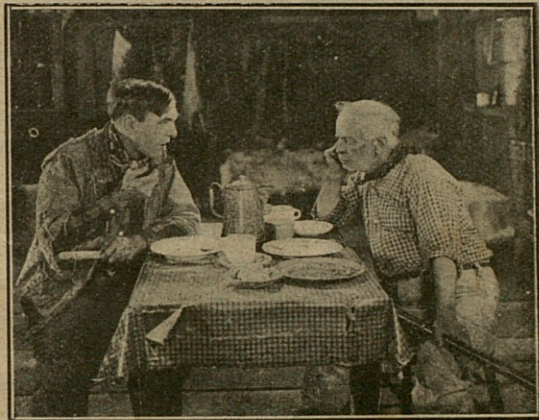
—Yo, en el caso de un hombre injustamente acusado, supongo que cambiaría de vestidos.

Luego, añadió:

—Ese traje pertenecía a mi hijo. El infeliz tuvo la desgracia de verse comprometido en

una cuestión bastante seria... eran tres contra él.

Disfrazado con las nuevas ropas, Cayena no tuvo inconveniente en acompañar a Reynolds en sus exploraciones auríferas.



—Figúrese que se viera perseguido por un crimen que no cometió. ¿Qué haría usted?

Al día siguiente, cuando se encontraban en el río captando mineral, vieron a Walters que en un coche conducía a la viuda de Dickey.

El capataz del rancho U. B. les llamó la atención.



—¡Eh! ¿Qué hacen ustedes aquí?

Cayena replicó con la mayor tranquilidad:

—Jugamos al croquet... ¿Qué otra cosa podríamos hacer en este lugar?

—Lo que importa — insistió Walters — es que salgan ustedes de los terrenos del rancho si no quieren que les cueste caro el juego.

Cuando el coche se hubo alejado, Reynolds dijo a su compañero:

—Es el capataz del rancho U. B. Un necio que presume de elegante y, ahora, hasta de propietario.

Cayena, a quien no había pasado inadvertida la presencia de la viuda de Dickey, dijo a su vez a Reynolds:

—Algún día, José, diré a usted algo importante acerca de esa mujer que acompaña a Walters.

Luego, adivinando un peligro oculto, se dispuso a partir:

—Voy a ofrecer mis respetos a la dueña del rancho. Me parece que ninguna ocasión mejor que esta.

Cayena llegó al rancho media hora después de haberlo hecho Walters y su acompañante.

Su estupefacción no tuvo límites cuando al solicitar ver a la propietaria se encontró frente a la señorita que en el tren le facilitó la huida.

No fué menor el asombro de ella.

—¡Pero usted — dijo — es el hombre que entró en mi reservado del expreso!

—El mismo — replicó Cayena —, salvo un traje nuevo y un afeitado que me hacía mucha falta.

—Me han dicho que usted... mató a un hombre.

—Eso no es cierto, señorita. Pero hay algo más importante de qué hablar. ¿Es usted la propietaria de este rancho?

—Yo soy, pero por pocas horas. Hoy mismo quedará vendido por mediación de mi capataz.

—No lo venda, señorita... Deme un plazo de veinticuatro horas para demostrar a usted cómo les traiciona ese hombre.

Cuando Cayena se separó de la dueña del rancho, aparecieron Walters y Estrella. Jorge tuvo tiempo de sorprender la presencia de Cayena que en aquel instante montaba a caballo.

Lleno de sospechas preguntó a la sobrina de su antiguo dueño, quién era el hombre que acababa de marcharse.

—Un obrero que busca trabajo — contestó ella.

Pero aquella misma noche, cuando Walters le presentó el contrato de venta, para que lo firmara, la dueña del rancho se negó a ello alegando:



—No puedo desechar la idea de que mi tío desaprobaba esta venta... Déjenme ustedes un día más para madurar mi decisión.

Walters se mostró contrariadísimo:

—La señora Dickey ha hecho un largo viaje sólo para este asunto. Yo le prometí que hoy mismo cerraríamos el trato.

—Eso nada importa. Tendré mucho gusto en alojar a la señora hasta mañana.

Al quedar solos, Estrella dijo a Walters:

—Tengo la certeza de que el hombre que sorprendimos a la puerta del rancho era el que... mató a mi marido.

—Nada temas — prometió él—. Yo haré que lo pongan en lugar seguro.

Cayena regresó a la cabaña del viejo buscador de oro a quien aseguró:

—Juraría, amigo Reynolds, que ese infame de Walters sabe lo del oro y quiere privar a la muchacha de una fortuna.

Aquella misma noche Cayena volvió furtivamente al rancho y llamó a la ventana de la dueña que en aquel momento se disponía a acostarse.

—El lecho del río — le dijo — está lleno de oro en el trayecto que cruza esta finca, y Walters y la viuda Dickey lo saben. Esa es la razón de su prisa en ultimar la venta.

La muchacha quedó sorprendida de aquella

vileza de la que nunca juzgó capaz a su capataz.

Cayena tenía un plan y propuso:

—Vaya a buscarme a la salida del sol al límite de los terrenos del rancho.

—Gracias, amigo mío. Iré — prometió ella.

Pero la presencia de Cayena había sido advertida por Walters que se apresuró a ponerla en conocimiento de los agentes del sheriff que no habían de tardar en indagar el paradero del presunto autor de la muerte de Dickey.

—Digan a su jefe — les advirtió — que al amanecer el asesino estará en el límite de los terrenos del rancho. Procuren no perder de vista tampoco a la muchacha.

Al despertar la aurora cumplió su promesa la chica del tren, único nombre por el cual conocía Cayena a la dueña del rancho.

No le fué difícil a él convencerla de la verdad de lo que la noche anterior le asegurara.

—Muy de veras le agradezco sus revelaciones — replicó ella—. Pero vea usted que compromete su libertad... o acaso algo de mayor valía.

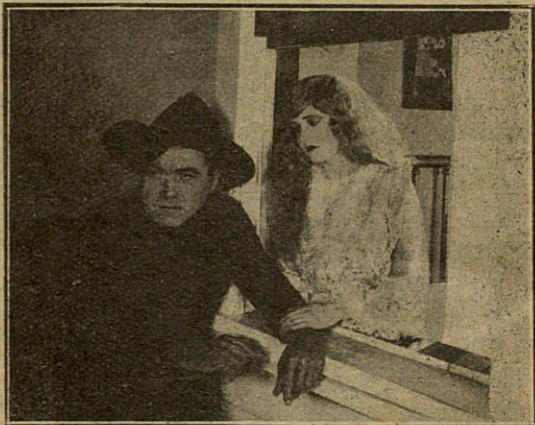
—No vale gran cosa lo que yo arriesgo, señorita — replicó Cayena—, y en todo caso, mucho más hizo usted por mí.

En aquel momento llegaron al galope el



sheriff y sus hombres. Echaron pie a tierra y se apoderaron de Cayena advirtiéndole a la dueña del rancho:

—Está usted autorizada para partir cuando quiera. Este es el hombre a quien buscábamos.



—Gracias, amigo mío. Iré — prometió ella.

—¿Qué van ustedes a hacer con él? ¿Dónde van a llevarle? — preguntó ella llena de inquietud.

—Vamos a conducirlo a la cárcel hasta que el juez lo condene a morir por asesino.

La muchacha había montado ya a caballo.

De un salto imprevisto subió también Cayena sobre el animal que partió a galope entre los disparos de los policías.

Reynolds, que desde un alto presencié la escena sin ser descubierto, trató de defender a los fugitivos disparando su escopeta contra los policías. Afortunadamente el arma era tan vieja que el tiro no llegó a salir.

Uno de los disparos de los policías había alcanzado a Cayena en un brazo. El antiguo vagabundo se refugió en la cabaña de su amigo y la *chica del tren*, después de examinar la herida, decidió:

—Voy al rancho por lo necesario para curarle.

Cayena trató de detenerla diciéndole:

—Es sólo un rasguño sin importancia... Además, aquella casa puede ser peligrosa para usted.

Ella insistió y regresó a la finca en el momento en que Walters disputaba violentamente con Estrella.

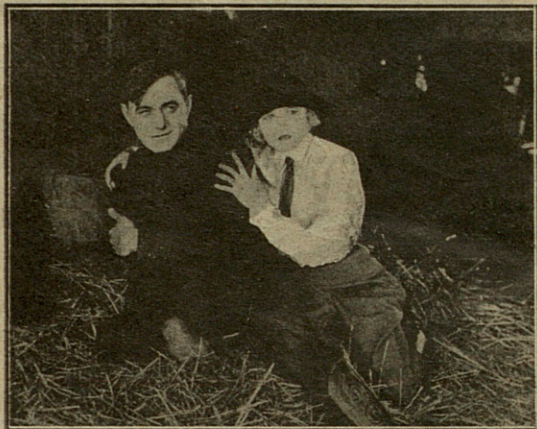
—Me has engañado, Jorge — decía la viuda de Dickey—. Tu amor era una máscara de codicia. ¡A ti sólo te importa el oro del río!

—Ya no puedes retroceder — aseguraba el capataz—. Poseo un secreto tuyo que te liga a mí aun en contra de tu propia voluntad. Yo vi quien empuñó el revólver... quien disparó sobre tu marido.



Quiso detener a Estrella, mas no pudo conseguirlo. La viuda montó en el cochecito que hasta el rancho la condujo y partió a toda velocidad.

La *chica del tren* había presenciado la es-



—*Es sólo un rasguño sin importancia.*

cena y escuchado las mutuas acusaciones de los dos cómplices.

Cuando entró Walters después de haber intentado detener a Estrella, le salió al encuentro.

—Es inexplicable que ahora no quiera usted

vender. ¿Por qué ese cambio repentino de decisión?

—Porque hoy sé algo que ayer no sabía; que hay una fortuna en el rancho.

—¿Lo sabe por el hombre con quien ayer la sorprendí hablando? ¿Y es posible que haya usted dado crédito a las patrañas de un vagabundo, de un asesino reclamado por la justicia?

—Ni es patraña lo que he visto yo misma, ni él es un asesino. Muy pronto lo demostraré.

—¿De qué medios ha de valerse para ello?

—indagó Walters lleno de inquietud.

—Demostrando que no es el verdadero autor de la muerte de Dickey. Escuché la acusación que usted mismo lanzó contra esa mujer que quiso hacer su cómplice.

Viéndose descubierto, Walters trató de sacar el mayor partido posible de la situación.

—Si yo le facilito por escrito esta prueba — propuso —, ¿me firmará usted una autorización para vender el rancho?

La muchacha dudó un momento. Pero interesada por el falsamente acusado, accedió.

Inquieto por la prolongada ausencia de la *chica del tren*, Cayena abandonó la cabaña y llegó al rancho en el momento en que ella, con la declaración de Walters en su poder, montaba a caballo y partía a galope en busca del sheriff.



Cayena penetró en el rancho y sorprendió al capataz recreándose en la lectura de la autorización de venta que acababa de obtener. Por encima del hombro, leyó él también el documento y, comprendiendo que había sido otorgado a la fuerza, puso uno de sus dedos en la espalda de Walters al mismo tiempo que gritaba:

—¡Queme usted ahora mismo ese papel, que es una patente de robo o le meto en el cuerpo las seis balas de mi revólver!

Walters, creyendo de verdad que Cayena empuñaba un arma cuyo cañón tenía apoyado en la espalda, hizo lo que se le ordenaba. Pero al darse cuenta del engaño de que había sido objeto, se arrojó sobre Cayena quien, no obstante su herida, se defendió bravamente logrando derribar a su contrincante de un fuerte puñetazo.

Luego salió en persecución de la dueña del rancho por si era preciso defenderla.

La muchacha encontró a tres policías que intentaron detenerla, pero ella, queriendo entenderse directamente con el sheriff, huyó al galope de su caballo. Desgraciadamente, al atravesar un río cayó al agua y estuvo a punto de perecer ahogada.

Cayena la salvó a costa de perder nuevamente su libertad, pues de nuevo le detuvieron los policías.

La *chica del tren* quiso mostrar la declaración firmada por Walters. Pero el río se la había llevado en su corriente. Cayena fue esposado y ya los policías iban a llevárselo, cuando el viejo Reynolds anunció al sheriff que alguien que había recogido en su cabaña deseaba hablar urgentemente con él.

Aquella persona era la viuda de Dickey. Cuando en el cochecito huyó de la persecución de Walters, el caballo se espantó y la derribó al suelo donde quedó privada de sentido. Reynolds la condujo a su cabaña donde comprobó que se hallaba gravemente herida.

Estrella, ante el peligro de una próxima muerte, rogó al viejo buscador de oro que avisase al sheriff para hacerle una grave revelación.

La conversación entre la herida y el jefe de policía duró breves instantes.

Cuando el último se ruenió de nuevo con sus hombres que le ayudaron a detener a Cayena con los que también se encontraba la *chica del tren*, les dijo:

—La viuda de Dickey ha confesado. Fue ella quien mató a su marido.

La dueña del rancho, sin disimular su alegría declaró:

—Si prenden ustedes a Cayena hubiesen tenido que prender a una muchacha llamada



Juanita Verdier que se daría por satisfecha siendo su cautiva.

El sheriff enlazó la esposa, aun ceñida a una de las muñecas de Cayena, con otra de la muchacha, diciéndole:

—Ya está satisfecha Juanita Verdier. Ya es cautiva de Cayena, el inocente.

Fué preciso que Reynolds limase el hierro. Y, mientras lo hacía, sin querer que sus ojos fuesen testigos del primer beso que unió los labios de los enamorados, pensaba:

—Yo podré limar esta antipática argolla. Pero nadie podrá limar las esposas invisibles de las almas.

Y, de esta manera, Cayena, siempre sin rumbo en el mar de la vida, hallaba feliz anclaje en puerto de amor.

FIN

**Próximo número:**

## **DIAS DE COLEGIAL**

por Clara Bow, Donald Keith, etc.

Postal-regalo: BÁRBARA KENT

**La Novela Film**

sale todos los martes.

Prelo: 30 cts.



## *A los Lectores*

**P**IDA en todos los puntos de  
venta de España y a todos  
los Corresponsales, los números  
que le faltan para tener comple-  
tas las colecciones de las publi-  
caciones de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

**!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!**

## *A los Corresponsales*

Le interesa tener stocks de todos los  
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos  
Valiosos premios**

Pida  
detalles  
a

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**  
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona